

POPULISMO Y

EDUCACION:

El caso peronista (1946/1955)

MÓNICA REIN
RAANAN REIN



¹ Doctoranda en la Escuela de Historia de la Universidad de Tel Aviv.

² Profesor del Departamento de Historia de la Universidad de Tel Aviv.

En junio de 1946, al asumir el cargo presidencial, Juan Domingo Perón enarboló tres banderas: soberanía política, independencia económica y justicia social. Esto significó en primer lugar el bregar por desligarse de los patrones políticos, ideológicos, sociales y económicos que había impuesto a la Argentina una oligarquía estrecha durante décadas. Una condición *sine qua non* para cumplir estos objetivos era la modelación de una nueva conciencia nacional, que garantizara a largo plazo el apoyo de las masas urbanas que conformaron la base del movimiento peronista, más allá del entusiasmo inicial, momentáneo y espontáneo.

Para la modelación de la conciencia nacional, el régimen peronista comenzó a asumir gradualmente el control del sistema educativo en sus diversos niveles, los medios de comunicación masiva y otros agentes de cultura y socialización. Tal como los cambios sociales prometidos por el populismo argentino se realizaron «desde arriba», controlados y supervisados por los sindicatos para evitar una iniciativa revolucionaria «desde abajo» de parte de la clase obrera —pues el sujeto de la «revolución peronista», no en el discurso sino en la praxis misma, es el líder y no las masas— también en el sistema educativo y de cultura se dictaron los mensajes ideológicos «desde arriba», en forma rígida y obligatoria, eludiéndose posibilidades de elección o pluralismo.¹

Un énfasis especial recibió de parte del régimen la socialización política del sistema educativo primario, que se encuentra en el centro del presente artículo. Los niños y la juventud gozaban de un sitio central en la doctrina de Perón, y su formación estaba destinada a garantizar que el proyecto peronista no fuera tan sólo un episodio pasajero en la historia argentina. Ellos eran *los únicos privilegiados* en la *Nueva Argentina*, y fue para ellos que el régimen comenzó a elaborar nuevos programas de estudio y libros de texto. El sistema educativo argentino comenzó a

revestir en forma gradual un carácter tendencioso, peronista. Los mensajes que el régimen quería pasar por medio de las escuelas eran estrechos, partidarios, no universales ni pluralistas.²

En las escuelas se destacaron los esfuerzos del régimen por crear una forma de pensamiento uniforme, monolítica, para el conjunto de los argentinos, y el intento de crear una identidad absoluta entre el líder y el partido gobernante con la nación y sus metas. Se pretendió inculcar en los niños de edad temprana el reconocimiento que ser un buen argentino significa ser peronista y que una oposición al régimen equivale a una traición a la patria.

Del análisis del sistema educativo argentino a lo largo del decenio peronista (1946-1955) se desprenden las ambiciones totalitarias que comenzó a desarrollar este régimen populista, que llegó al poder mediante elecciones democráticas y que gozaba de un amplio apoyo popular, de manera que puede aportar al vasto debate historiográfico sobre su carácter y clasificación.³

En sus primeros años, el gobierno peronista se ocupó ante todo de construir la infraestructura institucional y organizativa necesaria para movilizar al sistema educativo como uno de los instrumentos para la modelación de la nueva conciencia nacional. Una de las características de dicho período es la democratización y popularización del sistema y el intento de integrar al mayor número posible de argentinos en los marcos educativos. De ellos se ocupa la primera parte del artículo. En forma paulatina el régimen fue llenando estos nuevos marcos con contenidos claramente peronistas. Este proceso resalta especialmente a partir de 1953, cuando se introdujeron a las escuelas primarias libros de texto puramente justicialistas, proceso que continuó hasta el derrocamiento de Perón en septiembre de 1955. Este período se caracteriza por la penetración masiva del régimen dentro de las instituciones educacionales y su influencia decisiva en los programas de estudio y los contenidos de las clases. La segunda parte de este artículo trata sobre este aspecto de la indoctrinación.

Construcción de la infraestructura institucional y organizativa

Ya desde el comienzo resultó claro para Perón que para poder concretar su plan de modernización y desarrollo, necesitaba la unidad nacional. Con tal fin intentó lograr la hegemonía ideológica, reemplazando el sistema cultural de valores, patrimonio de la oligarquía argentina. En una serie de discursos, el líder se impuso como objetivo lograr la uniformidad en el pensamiento y evitar las controversias. Sostenía que sólo una mentalidad nuevá, común a todos los argentinos, conduciría a la nación por un camino, con una meta compartida por todos.

La primera misión del gobierno fue preparar al sistema educativo desde el punto de vista de su infraestructura organizativa. Para ello se aumentó el presupuesto destinado a la educación, se constituyó el Ministerio de Educación en forma independiente del de Justicia (lo que significaba un ministro con dedicación exclusiva al área), se comenzó

la construcción de establecimientos y nuevas aulas, se fundaron escuelas técnicas y colegios para adultos, se adjudicaron becas para alumnos necesitados, creándose para estos las condiciones adecuadas para que pudieran estudiar, como por ejemplo los comedores escolares, transportes y adquisición de libros para ellos. De todo esto se pueden observar las intenciones de las autoridades de incrementar el número de alumnos que asistían a escuelas y de impartir instrucción tanto a jóvenes como a adultos que no habían tenido anteriormente la oportunidad de recibirla.⁴ El programa peronista hablaba sobre transmitir contenidos uniformes al conjunto total de la población. Contenidos que si bien vienen dictados por el régimen «desde arriba», pero que pasarán a ser propiedad de TODOS los alumnos del país y no sólo de una élite minoritaria adinerada, como ocurría hasta entonces. Esta era la política populista de democratización; el intento de fundamentar los principios de justicia social en el sistema educativo, convirtiéndolo de esta manera también en un instrumento de lucha social. No obstante, debe recordarse que el esfuerzo por impartir a todos y a cada uno de los argentinos una educación básica se desprendía además de la conciencia que sin saber leer y escribir no podrían los ciudadanos absorber los nuevos mensajes que el gobierno quería transmitir.

Sólo después de constituidas las escuelas nuevas y de la implementación de los cambios organizativos del sistema, comenzaron a introducirse en las clases también nuevos mensajes, evidentemente peronistas. Es decir que la revolución educativa de los valores llega en una etapa posterior, cuando el sistema estaba más dispuesto en lo organizativo para comunicar estos mensajes e incluso absorberlos, después que numerosos argentinos ya pudieron gozar de las ventajas materiales que trajo consigo el Justicialismo. Un discurso que pronunció Perón ante un grupo de docentes en agosto de 1953, indica que este era el orden que le había guiado desde el comienzo. Entre otras cosas dijo que antes de encarar una reforma educativa y cultural se debían satisfacer las necesidades físicas y cotidianas de los ciudadanos, tal como lo venía haciendo. Tras detallar el gran programa de construcción de viviendas y escuelas y la reforma social que efectuó el peronismo, agregó:

Haber producido en 1946, cuando promovimos la reforma económica, la social y la política, también una reforma educacional y cultural en el pueblo argentino, hubiera sido sembrar en tierra estéril. El cultivo de los hombres en esto no difiere del cultivo de las plantas. Para que una planta crezca lozana en su medio, es necesario labrar la tierra, abonarla y preparar las condiciones de riego y fertilidad. Durante estos cinco años del primer plan quinquenal hemos querido preparar esa tierra en el pueblo. Ahora podemos sembrar, seguros de que ha de fructificar y florecer con la lozanía con que deseamos todos los que tenemos un corazón patriota y bien intencionado. Hemos preparado la tierra lo mejor que podemos. Ha llegado el momento de sembrar. Y por eso hoy quiero hablarles a los maestros, que son los artífices

de esa maravillosa cosecha, de lo que entendemos ahora por reforma educacional y reforma cultural en el pueblo argentino.⁵

De un examen de la sección dedicada a la educación en el primer plan quinquenal –publicado en 1947– se desprende que el esfuerzo en este área era principalmente organizativo. Dicho programa se refiere a la estructura y funciones del Consejo Nacional de Educación, a las que Perón introdujo ciertas modificaciones. Este organismo era parte del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública y el plan quinquenal determinaba que a partir de entonces sería este el cuerpo encargado de concentrar todas las facultades de supervisión de la educación en sus diversos niveles. Esta era una primera etapa en el camino que conducía a la formación de un marco independiente para el sistema educativo, como ministerio con todas sus atribuciones. Esta etapa expresa también los intentos de centralizar el sistema, supeditándolo en su totalidad a la política del gobierno. La segunda etapa de conversión del sistema en un marco separado tuvo lugar en febrero de 1948, cuando se inauguró la Secretaría de Educación, desvinculada del Ministerio de Justicia y con facultades propias de un ministerio; a su frente estaba Oscar Ivanissevich. Posteriormente también se le concedió *de iure* el status ministerial. Esto era un testimonio de la creciente importancia que atribuía el régimen peronista al área de la educación.⁶

Una de las características más destacadas del «período preparatorio» y de la tendencia de democratización del sistema educativo, fue la gran obra de construcción que realizó el gobierno, en cuyo marco se construyeron miles de nuevas escuelas y se agregaron grandes cantidades de aulas, con nuevos alumnos provenientes de sectores que hasta entonces no habían gozado de la posibilidad de integrarse al sistema educativo. La meta que se había fijado el Presidente era la construcción de 10.000 nuevas escuelas, aunque él mismo reconoció no creer que era posible pasar del número de mil a mil quinientos establecimientos nuevos por año. No obstante, durante la primera presidencia de Perón, el número de escuelas en el país creció de modo significativo, y en esta empresa estaba asociada también su esposa por intermedio de la Fundación Eva Perón.

En un discurso pronunciado en 1951, en el que resumía los logros del primer plan quinquenal, mencionó Perón:

A fines de 1951 el país tendrá construidas por nosotros 5.000 escuelas ... más de dos mil han construido las provincias; más de mil ha levantado el Poder Ejecutivo Nacional y mil escuelas está construyendo la Fundación Eva Perón. En este día inaugural el Gobierno Nacional abre 401 escuelas nuevas con capacidad para 128.800 alumnos. Estas nuevas escuelas permitirán la inscripción de 38.538 alumnos más.⁷

Añadió con orgullo a su audiencia que en los cinco años de su gobierno se habían construido más escuelas que en los cien años anteriores a la llegada del peronismo al

poder. Aún si Perón hubiera exagerado con las cifras, no cabe duda que en ese período hubo un aumento significativo en el número de alumnos y de escuelas.⁸

Perón se jactaba de que la construcción no tuvo lugar sólo en la Capital Federal y en la provincia de Buenos Aires, sino que llegó a los rincones más alejados del territorio nacional, incluidas ciudades en las que no había escuelas secundarias.⁹ Su aspiración era que no hubiera ningún niño argentino que tuviera que viajar grandes distancias para llegar a la escuela más cercana. Asimismo, Perón procuró que se crearan soluciones para los alumnos que llegaban a las escuelas, mas no tenían medios para adquirir libros. Puso a disposición de estos becas para la compra de los textos y también mandó construir las escuelas de forma que pudieran servir almuerzos calientes a los alumnos, y en la medida de lo necesario que se organizaran transportes a y desde las escuelas para aquellos que no pudieran pagar los viáticos de sus bolsillos. También en estas directivas de Perón puede verse un intento de democratización real de la educación, convirtiéndola en propiedad del conjunto de la población, y en especial de aquellos que sin dicha ayuda no hubieran en absoluto podido acceder a la educación.¹⁰

Una de las características populísticas del peronismo fue sin duda la movilización de la masa de alumnos. Junto a ellos se movilizó –claro está– a sus padres, quienes por intermedio de sus hijos se exponían a los mensajes peronistas.

No sólo el número de escuelas creció; se abrieron también colegios de diversos tipos, en especial a nivel secundario. La educación técnica argentina recibió una atención especial y le cupo un rol central en el marco de la «Revolución Justicialista». El proceso de industrialización del país requería la enseñanza de conocimientos técnicos a los trabajadores. Perón quería una educación que capacitara a profesionales que pudieran aportar a concretar el programa de desarrollo y modernización, así como a la independencia económica del país. Esto significa que había aquí una integración de la educación en el conjunto general de metas, como un instrumento decisivo en su realización. Ningún gobierno anterior al de Perón se había ocupado de este aspecto de impartir educación en todos los planos, en una escala tan grande. La educación técnica daba a los alumnos una profesión futura según sus preferencias, aunque también según las necesidades del país. Los cursos de capacitación de adultos que ya trabajaban también fueron una empresa sin precedentes en la Argentina.¹¹

El aumento del número de escuelas produjo un crecimiento significativo en el número de alumnos en la educación primaria y la ayuda económica incrementó el número de estudiantes secundarios y universitarios. Hasta aquel entonces los niños solían estudiar en las provincias sólo cuatro años de escuela primaria. Conforme a las directivas del plan quinquenal, también en este ámbito se extendieron los estudios primarios a siete años y de esta manera se logró que los alumnos completaran sus estudios básicos. Ello implica que aún sin la construcción masiva

la actividad educativa aumentó en un 75% en gran parte de las escuelas del interior. Mas este crecimiento era más extenso, ya que como se mencionara, la educación se expandió no sólo en el área de los niños, sino también en el de los adultos. Las escuelas pasaron a ser centros de aprendizaje: por la mañana para niños y por las noches se dictaban cursos para mayores, tanto en el área profesional como en la complementación de la educación para aquellos que no habían tenido la posibilidad de recibirla en su infancia, y así, con el tiempo, las instituciones de enseñanza se convirtieron en focos de indoctrinación política también para los adultos.

Uno de los objetivos que Perón había anunciado era reducir a cero el número de analfabetos en el país. Su erradicación era también parte de la empresa social-educacional justicialista argentina, que caracterizó el proceso de democratización en este área. La importancia de esta iniciativa consistía tanto en la enseñanza de lectura y escritura y transmisión de mensajes peronistas a la población adulta como en la promoción del plan económico y el proceso de modernización. Perón expresaba con orgullo en 1951 que entre los adultos quedaba aún entre un 8 y un 12% que no sabían leer ni escribir, mientras que entre los niños ya no había analfabetismo. Es difícil verificar la autenticidad de estas cifras, ya que los datos estadísticos sobre este año jamás se publicaron, pero un informe de la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires se indica que claramente el porcentaje de analfabetismo estaba en constante descenso.¹²

La peronización del sistema educativo

No obstante, la acción educacional peronista no puede resumirse sólo con los datos relativos al crecimiento en el número de las escuelas y los alumnos. Una cuestión no menos importante era qué se estudiaba en esas instituciones, qué recibían los numerosos alumnos del sistema en aquellos años. Tras haber sido creada la infraestructura del sistema educativo y una vez extendido este a todas las regiones del país, los dirigentes de la política se dedicaron a volcar contenidos dentro de las nuevas vasijas. Si hasta ahora hemos hecho referencia al intento de democratización del sistema, a partir de este punto seremos testigos de un proceso de indoctrinación política acelerada en el sistema educativo. Esta tendencia sobresalió en especial a partir del año 1953, durante la segunda presidencia de Perón, cuando comenzaron a aparecer los nuevos libros de estudio, los libros peronistas.

El segundo plan quinquenal, destinado a los años 1953-1957, expresaba manifiestamente la necesidad de modelar una nueva conciencia nacional. El cuarto capítulo, dedicado a temas educativos, comenzaba con las siguientes palabras:

En materia de educación, el objetivo fundamental de la Nación será realizar la formación moral, intelectual y física del pueblo, sobre la base de los principios fundamentales de la doctrina nacional peronista ...*(subrayado en el original)*¹³

Si el primer plan quinquenal se había puesto como objetivo en materia de educación la creación de una nueva juventud con personalidad que permitiera la existencia de una sociedad mejor y más justa, el segundo aclaraba en forma contundente cuales eran los valores hacia los que se debía educar a esta juventud: los valores de la doctrina peronista. En contraste con el primer plan, que se ocupaba en su mayoría de la preparación de infraestructura, este trataba sobre los contenidos mismos. Sobre los objetivos generales de la educación primaria se escribía que:

La educación moral en los establecimientos primarios insistirá particularmente sobre los principios de justicia social y solidaridad social que integran la doctrina nacional... los programas de estudios serán orientados en orden al conocimiento del presente Plan [quinquenal]... los textos escolares serán estructurados concordantemente con los principios de la doctrina nacional y contendrán referencias especiales acerca de los objetivos que en el presente Plan señalan una orientación definida para actividad de la Nación.

Aquí se hace trata, sin duda alguna, de un programa estructurado para inculcar los valores de la doctrina nacional-justicialista mediante las escuelas y los libros de texto.

¿Cuáles eran los nuevos mensajes que el régimen pretendía transmitir por medio de las instituciones educativas a la juventud? La nueva cultura que Perón deseaba crear estaba basada en los próceres y héroes nacionales argentinos, en la cultura local que se fue desarrollando con los años y en sus fuentes hispánicas.¹⁴ Perón se oponía a usar elementos extranjeros que no fueran latinos, y por ello exigió a los docentes a que utilizaran métodos pedagógicos adecuados, siempre y cuando se tratara de «medios argentinos», o sea que se adaptan al pueblo argentino.

Nuestros hombres educadores deben crear, no adoptar (métodos pedagógicos ajenos); cuanto más deben adaptar (a la idiosincrasia de los argentinos).¹⁵

Perón recalca especialmente la necesidad de una educación *nuestra*, argentina, nacional. No sólo las formas de enseñar deben basarse en medios argentinos, sino también los contenidos, ya que una cultura al servicio de una política extranjera provoca escisión y no unidad. Esto nos muestra otra faceta del anti-imperialismo peronista, que se oponía a la intervención foránea en los asuntos internos del país tanto en lo económico como en lo cultural.

El nacionalismo y el patriotismo estuvieron en el foco de los mensajes que el régimen intentó transmitir a los alumnos. Este era también un tema para criticar a los gobiernos anteriores al de Perón, que no se mantuvieron lo suficientemente firmes en el cuidado de la soberanía política argentina y sus derechos. Prácticamente en cada libro se puede encontrar algún fragmento de una lectura, por ejemplo sobre la Antártida y las islas de la zona, destacándose su pertenencia histórica a la Argentina.

Estos temas aparecían también en los textos antiguos, mas en esta oportunidad se relacionaban con la acción peronista. El Ministerio de Educación llegó a publicar una serie de resoluciones al respecto, como por ejemplo que el *Himno a la Antártida* o la *Marcha de las Malvinas* pasarían a formar parte del repertorio oficial de canciones patrias de los colegios secundarios. Asimismo se dispuso que a partir del año lectivo 1953 se celebraría la *semana de las islas Malvinas y de la Antártida Argentina*. En el transcurso de dicha semana, rezaba la resolución, se impartirían clases especiales sobre el tema.¹⁶ A pesar de que el peronismo no trajo consigo ninguna novedad en lo que se refiere al nacionalismo territorial o a en cuanto a los valores nacionales en los libros de texto, el énfasis puesto en estos puntos era ahora mayor que en el pasado.

En gran medida, lo que el peronismo quería enseñar se resume en su doctrina, o sea que los mensajes son político-partidistas. No obstante, Perón intentó presentar su ideología como una línea doctrinaria amplia y no una estrecha de tipo partidista, creando así una identidad entre Peronismo y Nación. Según decía, la única verdad existente era su doctrina:

La República Argentina tiene ahora, por primera vez, una doctrina nacional ... que no es, como se ha dicho con mucha intención, la doctrina de un partido político. Es la doctrina de un pueblo que la hizo suya ... Es la doctrina de la Patria misma, porque la Patria no es, ¡no puede ser! solamente sus fronteras y sus símbolos que son elementos inertes. La Patria vive y se hace permanente y eterna en sus hijos ..., empieza y termina en sus diez y ocho millones de habitantes ... Por eso insisto tanto en crear un alma en nuestro pueblo para darle la unidad nacional que necesita para vencer sobre todas las vicisitudes de la historia. El alma de nuestro pueblo debe ser conformada sobre los principios de la doctrina nacional que él ha aceptado plenamente a través de su inmensa mayoría, por su eminente contenido humanista y cristiano.¹⁷

Este discurso expone con claridad el intento de Perón de unificar a todo el pueblo bajo sus convicciones y su única ideología, el justicialismo. No cabe en éste esquema ninguna otra concepción ni hay lugar para posturas divergentes, dado que el peronismo y la nacionalidad son una misma cosa, y quien se opone a una traiciona a la otra.

En un discurso pronunciado en ocasión del comienzo del año escolar 1954 se puede observar que se iban afirmando los esfuerzos por crear la identidad entre la doctrina justicialista y el pueblo, con alusiones bastante claras en el sentido de que quienes no estén con la doctrina deben quedar fuera del sistema:

Siempre he dicho que no queremos mezclar la política con la enseñanza, pero también he pensado siempre que en las escuelas argentinas, lo mismo que en otras instituciones respetables y dignas del Pueblo, no podría tolerarse la actuación de quienes no estuviesen de acuerdo con la Doctrina Nacional que el Pueblo ha adoptado para construir su felicidad presente y la grandeza futura de la Patria.

Tanto maestros como alumnos pudieron entender la amenaza subyacente en las siguientes palabras para con quienes objetaran la doctrina:

Creo que nuestro sentido auténtico de la democracia nos autoriza a pedir que los maestros y profesores argentinos cumplan también, como el gobierno, la voluntad soberana de nuestro pueblo y que les enseñen honradamente a los hijos del Pueblo la Doctrina Nacional, sin pensar siquiera que ella coincide con la de un movimiento político ... No deseamos maestros que apoyen a ningún partido político. Ni siquiera les pedimos que apoyen nuestro Movimiento a pesar de que es mayoritario. Pero queremos —eso sí— que cada maestro argentino sirva lealmente al Pueblo y a la Patria, inculcando en las generaciones futuras ... la Doctrina Nacional.¹⁸

Y efectivamente, a partir de cierta etapa, los maestros que no tenían una credencial de afiliación al partido peronista, arriesgaban sus puestos de trabajo.

El sistema utilizó una amplia gama de canales y medios para transmitir a los alumnos los nuevos mensajes. Desde nuevos programas de estudio, pasando por audiciones radiales educativas y semanarios para niños, hasta circulares del Director General e instrucciones a directores y docentes sobre asuntos cotidianos. Pero el principal medio de indoctrinación fue el de los libros de texto. A partir de 1953 casi no puede encontrarse un libro de lectura para la escuela primaria que no contenga los principios de la doctrina peronista, los retratos del Presidente y de la difunta Primera Dama y loas y elogios sobre lo que ellos han hecho en pro del país, capítulos enteros del plan quinquenal y de la constitución justicialista y otros objetivos, cumplidos o por cumplir, que se impuso el régimen. Estos libros de lectura, aprobados por el Ministerio de Educación en forma prácticamente mayoritaria, reemplazaron a los que se venían usando desde los años veinte y treinta.

Se descuenta que los autores recibieron directivas precisas de parte de la comisión pertinente en el Ministerio respecto a los contenidos que debían incluirse en los libros. Dicha comisión determinó, por ejemplo, que los libros de lectura a partir del tercer grado debían incluir el preámbulo a la constitución justicialista, la declaración de independencia económica, la declaración de derechos del niño y de los ancianos publicada por el régimen y algunas palabras sobre el «Día de la Lealtad», máxima celebración del movimiento peronista. A medida que se avanzaba en los grados de estudio se iba agregando a los textos material obligatorio de corte netamente peronista, como por ejemplo una comparación entre la Declaración de la Independencia del Congreso de Tucumán de julio de 1816 y la Declaración de la Independencia Económica pronunciada por Perón en Tucumán en julio de 1947.¹⁹ La comisión que se ocupó de los libros de texto se desempeñó según el espíritu con que fue constituida: proponer vías para introducir libros nuevos que reflejaran la «Nueva Argentina» y sus valores.

Estos valores eran, como se dijera, los del partido peronista. La política de las tres banderas que representaban

la justicia social, la independencia económica y la soberanía política, pasaba como la espina dorsal por los distintos canales que utilizó el sistema educativo. Los libros intentaban subrayar que si bien estos principios los había traído el nuevo régimen, no se trata de principios de un movimiento ni de un partido, sino de verdades sin las cuales el país no podrá desarrollarse ni avanzar, y todo argentino al que la Patria le interesa debe creer en ellos.

La acción en pos de la justicia social se expresó en los libros mediante relatos que describían los diversos derechos sociales de que gozaban diversos sectores de la sociedad durante el período peronista, o bien por medio de imágenes con notas al pie. En uno de los libros de lectura para primer grado, *Niños felices*, se intenta explicar a los pequeños el concepto «Justicialismo» mediante una balanza equilibrada que tiene en un platillo a un obrero y en la otra un hombre vestido de saco y corbata. Debajo de este dibujo puede leerse:

Justicialismo, ¡que hermosa palabra!

Justicialismo es justicia y verdad.

Todos iguales por ser argentinos,
todos hermanos; amor por igual
para el que labra la tierra, el que estudia
y el que trabaja en el hierro o el pan.²⁰

En otro libro, *Comienza el día*, el mismo concepto se explica de la siguiente manera:

¿Veis cómo el sol brilla para todas las tierras y calienta por igual a todos los hombres? ... ¿No ha dispuesto Dios el aire para que lo respiren chicos y grandes, ricos y pobres? Aplicad ese principio a la obra de los hombres y tendréis el Justicialismo.²¹

Siguiendo el mismo hilo de pensamiento para interpretar dicho texto, la comparación entre Perón y Dios es prácticamente inevitable.

Diversos valores como el trabajo, el ahorro, el respeto a los ancianos y otros también se transmitían mediante estos libros, y los modelos que debían imitarse eran generalmente los de la pareja presidencial. Un libro de lectura llamado *Pinocho y yo* muestra un retrato de Perón sentado frente a un escritorio y trabajando. El texto que acompaña dicha imagen explica que el «Primer Trabajador» regresa de su trabajo tarde por la noche; cuando todos ya están descansando, él aún cumple con sus obligaciones.²²

Esta indoctrinación política tenía como meta que los alumnos adoptaran una triple ecuación en la que las tres secciones eran equivalentes: identidad entre los principios de cierto movimiento político y los intereses de la nación y la figura del líder. Esto aclara también el culto a la personalidad rendido a la pareja presidencial. Las figuras de Perón y de Evita acompañaron a los argentinos a casi todos los rincones: edificios públicos y embarcaciones llevaban sus nombres, al igual que provincias y ciudades. Sus retratos y esculturas se colocaron en numerosos sitios. Todo ello era para inmortalizarlos mientras aún estaban en vida, aunque también como aglutinante y elemento de unión que permitía crear la integración de la conciencia popular alrededor de las personalidades de Perón y de

Evita.

Una forma habitual de homenaje era asignar sus nombres a instituciones educativas, salas de deportes o aulas, fenómeno que fue en aumento especialmente después del fallecimiento de Eva.

Por supuesto que dicho culto a la personalidad se reflejaba también en los libros de estudio. Uno de ellos destinado al primer grado se llamaba *Evita*.²³ En otro de los libros básicos para el aprendizaje de la lectura llamado *Privilegiados*, se enseñaba a los niños mediante la repetición de palabras separadas en sílabas como Pe-rón, E-va, E-vi-ta, escritas en letras de imprenta y cursivas.²⁴ Las figuras de ambos se comparaban en los libros a los de una pareja de padres, los padres de la Nación:

Lo que papá es para nosotros, el Presidente Juan Perón es para todos los hombres de este suelo ... a ellos dedica todas las horas de su vida de trabajador infatigable.²⁵

El régimen intentó también relacionar entre eventos históricos que fueron hitos en la vida de la Nación y la realidad peronista. Utilizaba tales acontecimientos para destacar diversos hechos actuales. En los libros de texto se ve esto con la declaración de la independencia política de 1816 junto a la declaración de la independencia económica de 1947, usando la misma técnica con héroes nacionales, como en la permanente comparación entre el Libertador, general José de San Martín y la figura de Perón.

Por ejemplo: en el libro *Tiempos nuevos* se explica a los niños que hizo falta de que pasaran más de cien años para que la patria sea realmente libre:

El nueve de Julio de 1816 juraron los próceres de Tucumán nuestra emancipación política. Tal cosa querrá decir que íbamos a gobernarnos nosotros mismos, independientes de todo poder extraño. ¿Fue eso verdad? Tan solo a medias. Ciertamente dejamos de obedecer a gobernantes extranjeros, pero luego, muchas veces, fueron todavía los extranjeros quienes nos imponían a nuestros propios gobernantes.²⁶

El libro continuaba explicando que para acabar con esa situación era necesario que hubiera un gobernante como Perón que entendiera que la independencia política debía complementarse con la económica. En este sentido se exhibe a Perón como el punto culminante del desarrollo histórico argentino.

La comparación entre Perón y San Martín, uno de los próceres padres de la República, es similar en sus objetivos y carácter a la comparación entre las declaraciones de independencia. El número de días dedicado a San Martín durante el año lectivo fue creciendo a lo largo de la década peronista, aunque lo más considerable fue proclamar 1950 como el «Año del Libertador» en ocasión del centenario de su fallecimiento. La tendencia de comparar entre ambos puede verse en los libros de texto peronistas. En muchos pueden verse retratos contiguos de cada uno de ellos vestido con uniforme, y al pie de cada uno dice «El Libertador General San Martín» y «El Libertador General Perón».²⁷ Esta comparación daba al líder del régimen la

oportunidad de ponerse junto a un héroe nacional que gozaba del reconocimiento de todo el pueblo, esperando poder ponerse también él por encima de cualquier controversia pública y aspirar a la legitimidad inapelable de que era objeto el Libertador. Perón evitó compararse con figuras que siempre eran blanco de opiniones encontradas, como la de Juan Manuel de Rosas, cuya adopción por numerosos peronistas como un ejemplo de lucha anti-imperialista comenzó sólo después de caído el régimen de Perón.

Los libros de texto peronistas fueron introducidos, como ya dijéramos, a partir de 1953. Pero ya unas pocas semanas después de haber asumido Perón la presidencia en junio de 1946, el senado comenzó a debatir una ley de introducción de libros de texto uniformes para todo el sistema educativo nacional, adaptado, por supuesto, a cada edad. Esta era una expresión de la voluntad del régimen de encaminar hacia una forma de pensar uniforme e impedir el pluralismo. Esta imposición del texto único se fue retrasando, efectuándose sólo en forma experimental en una etapa posterior. No cabe duda que en sus primeros meses en el poder Perón mostró cierta falta de seguridad, y fue disuadido por la protesta que la oposición expresó contra este propósito. En un editorial del diario *La Prensa* se atacaba la idea recordándose que el texto único se había implementado en la Italia de Mussolini y que allí se había anulado por su fracaso. Este periódico sostenía que estas prácticas eran impropias de regímenes democráticos.²⁸

Cuando apareció en 1950 el primer libro de texto único en Argentina, *Florecer*, destinado a los alumnos de primer grado, las voces de discordia fueron numerosas. El periódico *La Nación* subrayó que era imposible dejar de reaccionar ante el hecho que el régimen hubiera optado por comenzar con la introducción de un libro de este tipo precisamente en primer grado, con niños que lo utilizan para aprender a leer y adquieren sus primeras habilidades. El artículo también mencionaba el temor de que los textos únicos sirvieran como instrumento de indoctrinación política del régimen, en lugar de servir como una herramienta puramente educativa que transmite mensajes y valores eternos.²⁹ Este era un nuevo llamado de los opositores para que se conservaran algunos de los patrones de conducta democrática que se fueron modelando con el transcurso de la historia argentina y sobre los que pendía, en su opinión, una amenaza. De cualquier manera, el intento de implantar un libro de texto único se concibió como un *test-case* que obligaba a luchar por frenar las tendencias totalitarias del gobierno.

El intento del texto único fracasó ya que después de un sólo año lectivo no volvió a aparecer un libro semejante para primer grado. Es posible que el abandono de esta idea se deba a las críticas públicas, aunque bien podrían ser otras las razones. De cualquier modo, tres años más tarde se introdujeron nuevos libros a las escuelas primarias, todos ellos puramente peronistas. Si bien entre 1953 y 1955 los docentes tenían la opción de elegir entre varios títulos, con lo que aparentemente se conservaba el pluralismo, en la práctica la elección era sólo del orden

técnico y no del esencial, ya que todos los libros que constituían alternativas transmitían los mismos mensajes — peronistas. A ello hay que agregar que en todos los establecimientos secundarios del país, el libro pseudo-autobiográfico de Eva Perón, *La razón de mi vida*, se había convertido en obligatorio, además de ser el único que se usaba en las clases superiores del primario para las clases de lengua castellana, reemplazando a obras como el *Don Quijote* de Cervantes Saavedra. De hecho, a partir de 1953 este fue un libro de texto único para un gran número de alumnos.

En resumen, bajo la cobertura de «justicia social» y una ayuda extensa a las capas necesitadas, comenzó a desarrollarse en Argentina una educación dictada desde arriba, que intentó transmitir mensajes uniformes y definidos predicando ciertas formas de pensamiento uniforme. Por un lado se dio aquí un intento de democratización del sistema educativo mediante la extensión del número de escuelas y su diversificación aumentando el número de alumnos, otorgándose posibilidades económicas a una población que hasta entonces ni siquiera soñaba con recibir educación estatal completa. Por otro lado somos testigos de un proceso de introducción de valores y principios partidarios por excelencia a dicho sistema, despidiéndose a maestros y profesores que no adoptaran la línea peronista, la escritura de nuevos libros de estudio que incluían mensajes del partido gobernante, una supervisión estrecha de todo el sistema educativo al que se intentó centralizar en forma máxima y por supuesto la censura y control de canales adicionales como la radio, la prensa escrita, el teatro y el cine. Vemos pues que el sistema educativo era un área en que se destacaron especialmente las aspiraciones totalitarias del régimen. En el marco de sus esfuerzos por modelar una nueva conciencia nacional, Perón intentó inculcar a los alumnos también la creencia de que quien no era peronista equivalía a traicionar a la patria. La indoctrinación política realizada en el sistema educativo y la identidad absoluta entre la doctrina partidaria y una ideología nacional llegaron a cúspides que dudosamente habían alcanzado hasta entonces en la Argentina.

Notas

¹ Sobre los significados del populismo latinoamericano, pueden consultarse entre otros Michael L. Conniff (ed.), *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque New Mexico 1982; Gino Germani, *Authoritarianism, Fascism, and National Populism*, New Brunswick 1978; A. E. Van Niekerk, *Populism and Political Development in Latin America*, Rotterdam 1974; G. Germani, T. S. di Tella y O. Ianni, *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, México D.F. 1973; Alistair Hennessy, «Latin America», in G. Ionescu and E. Gellner (eds.), *Populism: Its Meanings and National Characteristics*, London 1969.

² Sobre la peronización del sistema educativo argentino, véase Mónica Rein, «Education, Indoctrination and Politics: Peronist Argentina, 1943-1955», tesis de maestría, Universidad de Tel Aviv 1993; Mariano Ben Plotkin, *Mañana es San Perón*, Buenos Aires 1993; Sandra Carli (coordinación), *Discursos pedagógicos e imaginario social en el peronismo (1945-1955)*, Buenos Aires 1995; Jorge Luis Bernetti y Adriana Puiggrós, *Peronismo: Cultura política y educación (1945-*

1955). Buenos Aires 1993; Carlos Escudé, *El fracaso del proyecto argentino. Educación e ideología*, Buenos Aires 1990; Alberto Ciriá, *Política y cultura popular: la Argentina peronista, 1946-1955*, Buenos Aires 1983, capítulo 4.

⁴ Algunos aportes destacados al debate sobre el carácter del peronismo, su ideología y su fundamento social pueden encontrarse en C. Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo*, Buenos Aires 1987; M. Mora y Araujo e I. Llorente (comp.), *El voto peronista*, Buenos Aires 1980; Juan Corradi, «Between Corporatism and Insurgency: The Sources of Ambivalence in Peronist Ideology», in M.J. Blachman and R. Hellman (eds.), *Terms of Conflict: Ideology in Latin American Politics*, Philadelphia 1977; C.S. Fayt, *La naturaleza del peronismo*, Buenos Aires 1967.

⁵ Sobre datos del presupuesto de educación y su proporción respecto al presupuesto del Estado en aquellos años, véase Nérida Baigorria, «Educación» en *Sur. Argentina 1930-1960*, Buenos Aires 1961, p. 296.

⁶ Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, *Perón habla a los docentes*, Buenos Aires 1953, pp. 3-5.

⁷ El decreto sobre la constitución del Ministerio de Educación se encuentra en el *Boletín del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública* (en adelante: *BMJIP*), 1948, decreto n° 4026, 14.2.48.

⁸ J. Perón, *Mensaje pronunciado por el Presidente de la Nación celebrando inaugurado el año lectivo*, 2.4.51.

⁹ Según los datos que obran en nuestro poder, en 1945 había en el país 14.785 escuelas primarias. Una década más tarde, al ser derrocado Perón, su número llegaba a 17.357. Durante este período el número de alumnos en estos establecimientos ascendió de aproximadamente dos millones a 2.700.000. Véase República Argentina, Ministerio de Educación, *Estadística año 1948 y estadística retrospectiva años 1939-1948*, Buenos Aires 1952; Ministerio de Educación, *Enseñanza Primaria, Suplemento estadístico años 1943-1962*, Buenos Aires 1964.

¹⁰ National Archives, Records of the Department of State (en adelante NA), Washington D.C., 835.42/5-847, Hanato State Department, 8.5.47.

¹¹ Al acceder Perón al poder se estimaba que el número de niños en edad escolar que no llegaban en absoluto a establecimientos educativos era 13,5%. Por supuesto que un número mayor aún comenzaba los estudios primarios mas no completaba el ciclo de los primeros siete años. Esta era una de las metas más importantes de Perón: integrar a dicha población al sistema educativo. Véase NA, 835.42/8-2146, Buenos Aires to State Department, 21.8.46; 835.42/10-3146, 31.10.46.

¹² Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, *La educación a través del pensamiento de Perón*, Buenos Aires 1952, pp. 11-12; *Cómo se educa un niño en la Argentina*, Buenos Aires (sin fecha), pp. 34-37.

¹³ G.I. Blanksten, *Peron's Argentina*, New York 1967 (1st. ed. 1953), p. 198; NA, 835.431/4-2850, Caldwell to State Department,

28.4.50.

¹⁴ Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, *El segundo plan quinquenal*, Buenos Aires (sin fecha), IV.F.; Presidencia de la Nación, *Manual Práctico del segundo plan quinquenal*, Buenos Aires 1953, capítulo 4.

¹⁵ Sobre el lugar que ocupaba el legado hispánico en el nacionalismo peronista, véase Raanan Rein, «Spanish-Argentine Relations and the Changing Place of Hispanic Heritage in Peronist Nationalism, 1946-1955», en Amado Luiz Cervo e Wolfgang Dopecke (comps.), *Relações internacionais dos países americanos*, Brasilia 1994, pp. 132-139; ídem., «Hispanidad y oportunismo político: el caso peronista», *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 2, N° 2 (1991), pp. 51-68.

¹⁶ J. Perón, *El Presidente se dirige a los intelectuales, escritores, pintores, maestros*, Buenos Aires 1947, p. 70.

¹⁷ *BMJIP*, 1948, Resolución del 20.7.48 y Circular n° 154, 6.12.48; *Calendario escolar del año 1953*.

¹⁸ J. Perón, *Discurso del Presidente al inaugurar el año lectivo 1953*, Buenos Aires 20.4.53.

¹⁹ J. Perón, *Discurso del Presidente al inaugurar el año lectivo 1954*, Buenos Aires 9.4.54.

²⁰ Ministerio de Educación, *Boletín de Comunicaciones* n° 155, Resolución exp. 91.794/50, 29.1.51 (9.2.51).

²¹ María Alicia Domínguez, *Niños felices* (libro de lectura para primer grado superior), Buenos Aires 1953, p. 68.

²² Angela Gutiérrez Bueno, *Comienza el día* (texto de lectura para segundo grado), Buenos Aires 1954, pp. 26-27.

²³ Sebastián Ramos González, *Pinocho y yo* (texto de lectura para primer grado inferior), Buenos Aires 1954, p. 73.

²⁴ Graciela Albornoz de Videla, *Evita* (libro de lectura para primer grado inferior) Buenos Aires (sin fecha).

²⁵ Angela Gutiérrez Bueno, *Privilegiados* (libro de lectura inicial), Buenos Aires 1954, pp. 4, 7, 20.

²⁶ Blanca Alicia Casas, *El alma tutelar* (texto de lectura para primer grado superior), Buenos Aires 1953, pp. 10-11.

²⁷ Luis Arena, *Tiempos Nuevos* (texto de lectura para cuarto grado), Buenos Aires 1953, pp. 99-100.

²⁸ Gutiérrez Bueno, *Privilegiados*, p. 69; Celia Gómez Reynoso, *El hada buena* (texto de lectura para segundo grado), Buenos Aires 1952(?), pp. 64-65; Elsa G. R. Cozzani de Guilloni, *Mensaje de luz* (texto de lectura para tercer grado), Buenos Aires 1954, pp. 99-100.

²⁹ *La Prensa* (Buenos Aires), 21.9.46; Blanksten, *Perón's Argentina*, p. 187.

³⁰ Emilia Dezeo de Muños, *Florecer* (texto de lectura para primer grado inferior), Buenos Aires 1950; *La Nación* (Buenos Aires), 2.4.50.